

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUE PASA EN ASIA?

CIUDADES PARA EL FUTURO

TODO nos sorprende, pero lo que visitando Nueva Delhi nos ha hecho abrir la boca es el concepto urbanístico con que se están levantando las ciudades en este vasto Continente. Hay, en primer lugar, una concepción del espacio que corresponde a la amplitud con que ellos, a través de los siglos, construyeron sus palacios, edificaron sus fortalezas, dilataron hasta el sueño el florecido cantar de sus jardines. Nada es estrecho en el trazo de esta Delhi cuyas edificaciones entre árboles añaden al confort moderno el confort eterno: el de la sombra del árbol, y luego la inmensidad de sus plazas, la amplitud de sus avenidas, el juego en abanico de sus calles entre parques, verdor explicable si se toma en cuenta el clima tórrido que ahora en estos meses de invierno se suaviza, hasta el tibio halago de una frialdad insomne nacida de algún cementerio de marfiles.

Pero a este concepto surgido de la tradición milenaria, hay que unir el de una visión del porvenir. No se construye para el pasado, sino para el futuro. Y el mañana de estas naciones asiáticas, que ya está a las puertas, será no el ambular de poblaciones famélicas por ciudades cayéndose en pedazos para gozo de turistas amantes de pintoresquismo, sino el circular de masas humanas despiertas a una nueva vida, en arterias ampli-

simas, con suficiente capacidad para la dimensión y el número de vehículos que exige el transporte moderno.

Los viajeros que vuelven de por estas tierras poco nos hablan de lo que son las ciudades asiáticas. Ven y admiran, algunos, los leídos y escritos, los monumentos, se afanan por develar misterios que no existen sino en la fantasía dulce de los creyentes, buscan las drogas de prolongar la vida, de mejorar el placer y se erizan de espanto ante los reptiles amaestrados que bailan al son que les toca un esqueleto humano vestido con trapos blancos. Otros nos llegan alfombrados de pedrerías, sin faltar los inconfomres, a los que nada satisface. Por eso sería interesante que entre nosotros surgiera un nuevo tipo de viajero. El que ve. El que ve y dice lo que ve. Porque los hay falsarios, los que a sabiendas niegan la realidad, la falsean o la enturbian. Hace falta el ojo desinteresado, casi fotográfico, que nos permita tomar el pulso a esta parte del globo que para no pocos sigue siendo lo más atrasado que pueda darse, lo de atrás del mundo, algo así como la espalda muerta de la tierra. ¡Ignorancia! ¡Ignorancia! ¡Ignorancia! Asia, con sólo sus ciudades nuevas, nos da una lección luminosa, pues ya quisiéramos nosotros, los orgullosos por ciegos, tener la mitad de una

de estas urbes. Que fueron o que son, en muchos casos, producto de nuestra técnica, obra de nuestros urbanistas, ellos no lo niegan: por el contrario, lo proclaman, probando así que son más listos por cuanto saben aprovecharse de lo nuestro, dar realidad a las ideas de nuestros arquitectos y urbanistas, y esto mientras aprenden los de ellos.

No es un mundo estático, como generalmente se piensa, éste de Asia; ni para hablar de sus pueblos hay que recurrir al pasado, a lo que se volvió arqueología, museo, afán arqueológico y de museo tan europeo. Asia es un universo que ya despertó. No nos queda, para tajar la verdad, ni el que «va a despertarse un día» o «está despertando». Ya está despierta, bien despierta, con sus miles de millones de ojos abiertos, y miles de millones de manos aptas para el trabajo, manos que ahora mantienen limpias estas nuevas ciudades, que las siguen edificando, y que serán las Ninive del futuro.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

Nueva Delhi, 1971

EL «CRONICÓN» DE DON ALVARO CAMPANER

CUANDO AUN NO HABIA CALMA EN LA ISLA

HAY «etiquetas» que hacen fortuna, y la de Rusiñol no pudo ser más feliz. Ya se sabe: Mallorca, «l'illa de la calma». Un noventa por ciento de los forasteros que han escrito sobre Mallorca y los mallorquines después de publicado el libro de don Santiago, y quizá más del noventa, han repetido la «definición». Y hasta los propios indígenas han tendido a favorecerla, por lo que pueda servir a la atracción de turistas. La imagen que Rusiñol dio de la ciudad y de sus pueblos, y de los pobladores de una y otros, no era probablemente «inexacta». La pluma del pintor, irónica, un tanto exagerada, tuvo que responder a la realidad: callejones solitarios, palacios de apariencia vacía, un gato o un canónigo inopinadamente transeúntes, tiendas inmóviles, gente sin prisa, dócil, jerarquizada, un tranvía familiar, cien cosas más, todas apacibles, casi fijas. Por lo menos, ése es el recuerdo que deja, con los años, la lectura del papel. Uno hace los descuentos lógicos de la caricatura, y, con todo, el resultado no deja de ser eficaz. Al visitar la isla, el prejuicio se impone. Todavía hoy identificamos la «calma» rusiñolesca, en los tratos y los itinerarios —desde luego, breves— de una excursión esporádica. El ajeteo del turismo nos parece postizo. Bajo la superficie cosmopolita, abigarrada y erótica que instaura la clientela, la «vida local» da la impresión de seguir siendo como era.

¿Impresión falsa? No es este mi tema. Pero supongo que sí, y cada día más. En la medida en que la literatura «autóctona» ayuda a comprender un país, hay que subrayar el hecho de que, durante los últimos lustros, Mallorca ha proporcionado mucho material al observador curioso. Mucho y bueno. Y diverso. La riada de novelas que arranca de Llorenç Villalonga constituye una aportación de documentos extraordinariamente valiosos: las de Baltasar Porcel, las de Blai Bonet, las de Jaume Vidal, las de los más jóvenes, Guillem Frontera, Antònia Vicens, Maria Antònia Oliver, Gabriel Janer, y el resto. Y las reflexiones, a veces «eruditas», habitualmente polémicas, que tratan de poner en claro la «historia» y la «actualidad» —algunos escarceos de Villalonga en el curso de sus relatos, hojas sueltas de Porcel, los ensayos de Josep Melià, estudios de Josep M. Llompart, de Miquel Barceló, del buenazo de don Miquel Forteza...—, son apoyos reveladores. Mallorca, en estos años, y a nivel intelectual refuta su «calma». Aunque la «calma» continúa en debate. Porque las narraciones de Llorenç Villalonga y de Baltasar Porcel, por ejemplo, sólo describen o denuncian unas «inquietudes» pequeñas y sordas. A la larga, en un punto crítico, se vio que no era ninguna tontería: lo contó Bernanos, y lo han ilustrado Blai Bonet y el mismo Porcel. Pero... Ahí está la más reciente novelística: coin-

cide, básicamente, en explicarnos la descomposición de la «calma». La «calma» existía.

Ahora acabo de leer el «Cronicón mayoricense», enorme mamotreto que don Alvaro Campaner publicó en 1881: más de seiscientas páginas en folio mayor, a dos columnas. Don Alvaro confeccionó su librote con retazos de autores de otras épocas: dietaristas, archiveros, notarios. El «Cronicón» viene a ser un sumario de acontecimientos de índole variada, expuestos con mayor o menor detalle, que abarcan los siglos XIII y XVIII, con los intermedios. A mi me encantan estas obras, inocentes desde el punto de vista crítico y académico, pero rebosantes de noticias: de noticias anecdóticas, a menudo. La vida —la individual y la colectiva— es, en principio, «en crudo», una sucesión de anécdotas. El historiador barbudo y judicial las tría, las evalúa, las convierte en estadísticas. Pero nunca está de sobra acercarse a su inconexa evidencia: a la «verdad» caótica y absurda —aparente lo uno y lo otro— en que se presentan. Campaner —sospecho— fue capcioso en la selección, y omitió o atenuó episodios que le molestaban. Como cualquier historiador, en definitiva. Así y todo, su «panorama» no puede ser más alicianante. ¿Mallorca, «isla de la calma»? Yo me atrevería a afirmar, con el «Cronicón» a la vista, que no hubo otro fragmento territorial de la Monarquía española que, entre el 1500 y el 1800, haya tenido una «historia» más agitada que la Gran Balear. No hablo de antes ni de después de estos límites cronológicos, porque antes del 1500 la información de Campaner es pobre, y porque sus efemérides terminan con el XVIII...

En Mallorca, naturalmente, ocurrió lo que ocurría en todas partes: los civiles, militares y eclesiásticos. Aquí no estamos midiendo el tamaño de los «hechos», sino su frecuencia y su intensidad, y, claro está, en función de la sociedad que los «vivía». No hará falta precisar los rasgos comunes a la Península. Enfrentamientos de poderes —el obispo excomulgaba al Virrey y éste embargaba las temporalidades al prelado, o era el Inquisidor quien excomulgaba al Obispo y éste al otro, o un prior de Orden mendicante se tomaba idéntica libertad—, algaradas populares, medio políticas, medio sociales —y no sólo las Germanías—, bandolerismo endémico, rivalidades aristocráticas, crímenes cotidianos de toda especie, abundantes procesiones, fiestas aparatosas, epidemias, hambres. Esto es genérico. Pero Mallorca tenía unas propinas especiales. La sequía permanente, por ejemplo, con la carestía de trigo que comportaba, era en el área insular más angustiosa que en el más angustioso y árido rincón del Continente. Y la continua aflicción de los piratas mahometanos, que veían en las Islas un espléndido botín de hombres y ropas: el «morro», el «turco», el «berberisco», tuvo aquí una presen-

cia amenazadora, y de amenaza «cumplida», como ni siquiera conocieron los litorales valencianos. Y luego, la reyerta frailluna en torno al Beato Llull: algo precioso, que está pidiendo a gritos un estudio descartado, incluso volteriano. Tampoco hubo nada semejante en el ámbito peninsular: nada que tuviese, proporciones guardadas, la misma violencia. Lo de los judíos casi queda disimulado por Campaner, y la cosa debió de ser horripilante. Y...

Baste lo apuntado. Un vecino de «la ciudad principal» —así se designa a la actual Palma en los textos del «Cronicón»— no pudo tener un momento de «calma», en aquellos tiempos. Cuando no era esto: era lo otro, pero cada día le traía un entretenimiento excitante. Un desembarco de corsarios, una trifulca clerical, una insolencia de payeses, unas rogativas, un desmán de nobles, un «fait divers» espeluznante, una entrada solemne de Virrey o de Obispo, un arrebato popular por el pan de la jornada... Sin contar las repercusiones de las guerras que los reyes de España tejían y destejían, con aliados cambiantes, y que en Mallorca, por su situación estratégica, alcanzaban un relieve singular... Es una lástima que don Alvaro no de «cabida» literal a pasajes significativos de los escritores que copia. Los dietaristas del XVII, crédulos y locuaces, son espléndidos: Campaner los poda. Sólo muy raramente encontramos en el libro perlas como ésta: «1769. Dit any feren Misser Malla Alcalde de Mallorca. Liberanos Domine». La inscripción, en su laconismo, no puede ser más gráfica. Y a pesar de todo, las «historietas» indicativas saltan a cada página. La meteorología, pongo por caso, era un motivo incesante de desasosiego. En Mallorca no llovía, y del agua del cielo dependían las cosechas: se impetraba el favor de la Providencia, según los ritos canónicos. «Ad petendam pluviam», novenas, procesiones. Cuarenta Horas... Un día, los señores capitulares tuvieron que oponerse al abuso de las ceremonias: con tantas operaciones litúrgicas, los artesanos no tenían tiempo de trabajar... Y además estaban las fechas de acción de gracias.

No sé desaprovechar la ocasión, ahora que estamos en esto, de citar un incidente pintoresco, y quizá no sólo pintoresco. Sucedió en 1741. Don Manuel de Bustillos, teniente del Regimiento de Dragones de Orán, tuvo que ser hombre de buenas prendas: un tenorio indiscutiblemente ingenuo, si bien se mira. Como el Don Juan de Zorrilla, engatusó a una monja, y la raptó. Bueno: ella se fugó con él, sin raptó. De Mallorca, la pareja, «con pasaportes falsos», intentó largarse a Almería. Dio la alerta el Obispo, y tal vez también la esposa del teniente —Bustillos era casado—, y las autoridades militares no tardaron en capturar a los fugitivos. Les castigaron según la costumbre, en efecto: reclusión perpetua y ayunos a la sor, y pena de muerte

a su galán. Hasta aquí, el asunto es de una banalidad perfecta, y no valdría la pena de gastar tinta y papel en evocarlo. Pero... Don Manuel de Bustillos, al parecer, tenía su prestigio entre sus superiores, y pidió que le ejecutasen —puesto que habían de ejecutarle—, no a tiros de arcabuz como le correspondía según las ordenanzas, sino de una manera especial, con un ingenio que él había proyectado, a lo cual accedió el tribunal. Fue «decapitado por medio de un mecanismo que se dijo inventado por el mismo reo», dice el «Cronicón». Don Alvaro no transcribe el informe de Nicolau Ferrer de Sant Jordi, que puntualiza la maniobra. Hay que lamentarlo. De todos modos, añado: «No es ni más ni menos que el aparato conocido en Francia por «la guillotina». Otro precursor, pues. Don Marcelino Menéndez Pelayo, de haberlo sabido, lo habría incorporado al catálogo de «La Ciencia Española». Bustillos no era mallorquín, pero es igual.

No: los mallorquines no pudieron ser demasiado «calmosos» antes del 1800. Ni después: durante la guerra contra Napoleón, la isla fue un hervidero de tensiones y disturbios, con nativos e inmigrantes. Hay muchos impresos que lo certifican. Más tarde; aquí empieza, posiblemente, la «calma». La Mallorca del siglo XIX, yo no sabría decir desde cuándo, se adormila. Hasta entonces, la geografía y la historia la colocaban en el borde de una forma u otra de violencia. Lo que vino enseguida la condenaba a la apatía. Todo perdió énfasis: el agresor marítimo, el tulismo, la guarnición, el Santo Oficio, las disputas jurisdiccionales, las rogativas, el antagonismo intestino de los «botifarras» —los «botifarres» ya no estaban para bromas tipo Canamunt-Canavall—, la rabia menestral o rústica... Mallorca pasó a ser una tibia provincia de Narváez, de la Gloriosa, de la Restauración. Tuvo sus erupciones, por supuesto. Sólo que ya no eran lo mismo. La «calma» iba instaurándose: no la alteraba el mosén Alcover troglodita ni el mosén Alcover filólogo; ni el «match» entre los canónigos Targongi y Maura, a propósito de los «del Carrer»; ni don Juan March; ni los que estaban en contra de don Juan March; ni la ira juvenil de los hermanos Villalonga, Miguel y Llorenç. Y mucho menos la broma improvisada de invitar a Keiserling. Don Gabriel Alomar y don Juan Estelrich fueron —Estelrich ni siquiera eso— una piedra en las aguas plácidas del charco. ¿Fue maurista, la «calma» de Mallorca? ¿Fue don Toni Maura causa o efecto de la «calma» insular?... Me pierdo en la conjetura, e incluso dudo de mis datos. Son los mallorquines quienes han de dictaminarlo. Lo único que me parece cierto es que don Antonio Maura quiso hacer de España una «isla de la calma». Fracaso, como todos sabemos por experiencia.

Joan FUSTER



SI SU TERRENO NECESITA AGUA

...he aquí nuestra GARANTIA
Nosotros le localizamos las aguas subterráneas que haya en su propiedad y determinamos su caudal. Previo convenio, usted no tiene gasto alguno hasta la obtención de agua y de acuerdo con el caudal obtenido.

Solicite información a EGRHISA

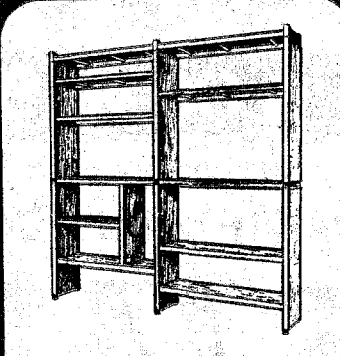


ESTUDIOS GEO-HIDROLOGICOS
CAPTACION AGUAS SUBTERRANEAS
SONDEOS ELECTRO-MAGNETICOS

SECRETARIO COLOMA, 108-110 - TEL. 213 01 62 - BARCELONA-12

OTRA SOLUCION

combi
lotm



ESTANTERIAS MODULARES DE MADERA
combi lotm

Apdo. Correos 1060
Tel. 255 03 40

fich instituto

Le ofrece sus cursos de

INFORMATICA

*'TEST' GRATIS DE APTITUD

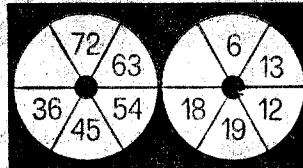
*Horarios compatibles

*Garantía de enseñanza

*Plazas limitadas

*14 años de experiencia en el mundo - 8 en España

*REALIZACION DE TRABAJOS CON ORDENADOR



BARCELONA PLAZA URQUINAONA, 1, 3º, 2ª - Teléf. 222 35 74

INFORMACION: MADRID LEGANITOS, 9-11 - Teléf. 248 75 24

BILBAO ELCANO, 14 - Teléf. 24 39 59